



CAPÍTULO XII

Conozco al grande hombre y refiero cómo aceptó
el venir á hacernos felices

No puedo hablar de mi viaje marítimo, porque casi todo lo pasé en medio de tártagos, trasudores y desmayos, como si diariamente hubiera ingerido una alcuza de bálsamo de Fierabrás.

Al fin el *Trenton* ancló en el muelle de Cartagena; nos metimos en un botecillo, y á la media hora estábamos en *la Reina de las Indias, la Emperatriz de los mares, la Ciudad heroica*, la que dió salida á los veintiocho mil millones que Colombia, el Ecuador, Perú y Bolivia, se arrancaron de las entrañas para satisfacer la sed de oro de los conquistadores, la que dirigió á España la insolente declaración de independencía de todo un hemisferio.

¡Cuántas urcas, cuántos galeones, cuántos navíos de

tres puentes anclaron en este mismo puerto, que veíamos resplandeciente de luz, nuevo como si hubiera acabado de salir de manos del artífice, con sus casas blancas, sus murallas amarillentas, y su cielo azul y transparente como una turquesa desmesurada.

Recorrimos á nuestra llegada las calles, formadas de hermosas construcciones de estilo netamente español, la preciosa catedral, el *quemadero* y las murallas, famosas en todo el mundo por su costo, por su importancia y por su inexpugnabilidad; y á la siesta buscamos caballos en que ir á Turbaco.

No los hallábamos al principio; pero cuando se supo en la población que habían llegado unos mexicanos que deseaban ver á su General, se nos facilitaron dos bestias, en que emprendimos el camino del asilo de nuestro héroe.

Nos introdujeron al despacho del General, y al vernos quedó maravillado don Antonio. Con ese *don de lágrimas* que lo distinguía, comenzó á derramarlas como puños mientras abrazado á Escobar le decía entre sollozos:

— ¿Qué ocurre en nuestra República? ¿Qué dicen los mexicanos?

— El coronel hizo una explicación de lo que aquí pasaba, ponderando la anarquía del pueblo, la desmoralización del ejército, la bancarrota del erario, la desconfianza de los capitalistas y la necesidad que había

de un Salvador, de un Mesías que quisiera redimir al desgraciado país del yugo de los malos.

Cuando se dirigió á mí, preguntándome si era mexicano y le presenté la carta de Suárez Navarro, se deshizo en elogios de mi maestro, llamándolo su mejor amigo, el más entusiasta de sus partidarios y el primer caballero de México. Se informó con interés de la salud de doña María, la esposa de Suárez, que había estado á punto de perder una pierna, alabó mi decisión de servir la buena causa, y empezó á leer la larga epístola que había conservado en la mano.

El aposento, que daba hacia el norte, dejaba penetrar por las dos ventanas un chorro de luz blanca y brillante, que permitía distinguir el rostro curtido del veterano General.

Era más bien alto que bajo, pero admirablemente proporcionado. El rostro no era tan atractivo y simpático como me lo habían pintado, sino torvo y de mal aspecto; el color atezado, el labio inferior colgante, los dientes blancos y bien puestos, la nariz gruesa y vulgar, los ojos hermosísimos, la frente amplia y espaciosa y el cabello ligeramente ensortijado. Le daban cariz matonesco y chulapón la falta de bigote y cierto ceceo en la pronunciación que entonces tenían muchos veracruzanos. Andaba con dificultad por causa de la falta del pie, perdido, según él, en una memorable facción que debía inmortalizarlo; y no

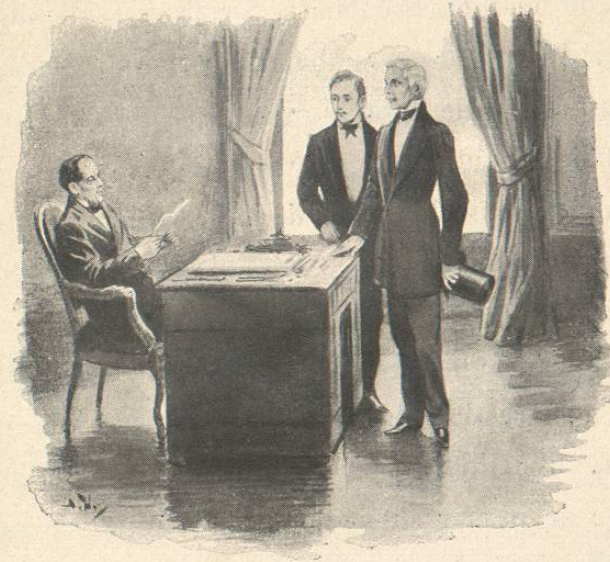
gastaba ninguno de esos miembros artificiales que la moderna quiropedia ha puesto en uso.

Tenía de ordinario la voz pastosa, gruesa é imperativa, como de quien está hecho á que lo obedezcan y lo teman; pero sabía suavizarla cuando necesitaba decir una de aquellas frases de efecto con que volvía locos á los subordinados y á los pueblos.

Muchas veces me he preguntado en qué radicaría el poder de sugestión de aquel hombre singular que confesaba no haber leído en su vida más libro que la *Casandra*, que se había pronunciado por la constitución y la república, porque esas palabras le habían parecido más eufónicas que las de imperio y monarquía; que había oprimido, vejado y hecho daño sin temor ni empacho; y he llegado á pensar que todo su prestigio radicaba quizás en que sabía decir frases que sonaban bien en los oídos de aquella gente, hecha á estimar las palabras más que el contenido y á devorar la corteza brillante y atractiva de la fruta, dejando la pulpa sabrosa y al parecer de feo aspecto.

Mientras Santa Anna leía, mostrando de paso dos manos blancas y bien cuidadas, recordé que aquel era el hombre que se había pronunciado contra Iturbide á unas cuantas leguas de su real, donde tenía éste abundancia de tropas y recursos, y que se había querido casar con la madre del Emperador; el que había venido desde Tampico

á dar personalmente la noticia de su triunfo; el que había sido incensado, adulado y admirado como Dios oriental; el que había estado prisionero y á punto de ser muerto por



los tejanos; el que había pedido albergue á un indio de Jico sin obtenerlo, á pesar de ofrecerle una talega de onzas, y el que había avergonzado, asesinado y destrozado á su patria traicionándola y ultrajándola.

Mientras Escobar trataba de llevar la conversación al objeto que allí nos conducía, Santa Anna lo evitaba diestramente preguntando por sus amigos y valedores, los Haro, los Alamán, los Mosso y los Rodríguez de San Miguel.

Nos retiramos, á poco, dejando en manos de S. E. un

rimero de cartas y periódicos que le dieron á conocer el ánimo del país y el estado de la opinión.

A otro día, muy temprano, nos presentamos en casa del grande hombre para entrar en nuevas pláticas con él. Conocí que buscaba Escobar la forma con que había de comenzar á exponer su embajada; pero no necesitó ocurrir á su arsenal de lugares oratorios, porque el General nos recibió, diciéndonos:

— Muy mala noche me ha dado la venida de ustedes — Y mientras nos mirábamos extrañados, continuó con verbosidad inaudita:

— ¡Cuánto me ha afectado la violenta situación en que se halla nuestra desventurada patria, devorada por las facciones, envuelta en la anarquía, y en el peligro más inminente de perder su nacionalidad! ¡Desgraciada México! exclamó: sin erario, debiendo como millón y medio de pesos de dividendos atrasados de la deuda inglesa, sin poder satisfacer de la interior el rédito del año vencido, ni asistir á los empleados con las pagas que les pertenecen; sin ejército, con las fronteras abandonadas y sufriendo grandes desastres con los ataques de los bárbaros; minados de traidores los Estados fronterizos, influídos y favorecidos por los americanos, y cinco años tolerado esto por gobernantes ineptos, traidores también y dignos de la execración universal. La Baja California amenazada de tal modo, que será invadida y ocupada sin resistencia;

Yucatán sosteniendo todavía la guerra de los indígenas, y sin poderlos dominar; Tehuantepec amenazado y aplazada militarmente su ocupación para el próximo mes de Abril por nuestros naturales enemigos.

¡Ah, qué situación!

¿Pero qué ha hecho el gobierno de México con esos millones que percibió por la venta inicua de una gran parte de nuestro territorio? ¿Qué ha hecho con los productos y con todas las rentas de que ha sido dueño durante más de cinco años, en que la nación ha permanecido muda y resignada, aunque á la expectativa de los prodigios que le ofreciera la ominosa administración de Querétaro?

Mucho habló el General; pero como se hacía tarde, más que de prisa, nos convidó al Coronel y á mí á ir á caballo hasta su quinta *La Rosita*, situada al oriente de Turbaco.

Santa Anna montaba admirablemente á caballo, y con el atavío de nuestros charros y á horcajadas sobre una preciosa yegua castaña, parecía mucho más joven y erguido que cuando lo veíamos entre las cuatro paredes de su cuarto.

Locuaz y comunicativo de suyo, el hombre de Zempoala, más se volvía al contacto de aquella naturaleza ubérrima y lujuriosa. Nos dirigía la palabra á Escobar y á mí para preguntarnos nuestro parecer, para saber lo

que opinábamos, con más frecuencia de lo que nosotros mismos hubiéramos podido desear.

— ¿Qué piensan, paisanos, que sería esta finquita? Cuando vine aquí era un monte en que abundaban las fieras, un lugar temeroso al que casi nadie se atrevía á penetrar. Hoy es el encanto y la delicia de una familia, y el entretenimiento y consuelo de un hombre que ha pasado por tantas fases y contra quien se desataron la destrucción y la calumnia más injustas.

Nos admirábamos de aquella metamorfosis, que ponderábamos como obra de encantamiento, y le dábamos la enhorabuena poniendo en las nubes su asiduidad, su constancia y su amor al trabajo; y aun tomando pie de aquello, lancé un símil sentencioso que agradó al ilustre proscrito:

— Pues así, señor General, aguardamos que obre usted con nuestra patria, esto es, que de abrupta cueva de fieras la metamorfosee en verjel encantado que eclipse al que han formado aquí la constancia y habilidad de este jardinero insigne.

Sonrió el hombre de Tampico y continuó ponderándonos la calma idílica que allí reinaba, la inocencia de los vecinos, que lo miraban como á padre amantísimo, los inocentes pasatiempos que lo atraían, la hermosa independencia de que podía hacer gala y la necesidad que tenía de economizar para que tuvieran sus hijos un honesto pasar.

El bueno de don Manuel me miraba con ojos de desconsuelo; pero al fin y en camino de regreso á Turbaco, interrumpiendo á don Antonio, le dijo cómo debía figurarse que nuestra presencia en Nueva Granada no era puramente accidental, sino que obedecía á altas y saludables combinaciones; que ya debía de haber salido de Veracruz una comisión á proponerle el negocio de que íbamos á hablarle, y era solicitar de él que se presentara cuanto antes en México; pero que, temerosa la tal comisión de sufrir algún contratiempo en el mar ó un desaire de parte de S. E., se reservaba á salir cuando supiera su última palabra.

Toméla entonces y le manifesté que su nombre era aclamado por todas partes, que se le consideraba como la única esperanza de salvación, que la última revolución había dado á conocer en cuanto se le tenía, y procuré excitar la fibra de su patriotismo, animándolo para que viniera á hacernos felices.

Nos oyó el hombre con atención suma, detuvo dos ó tres veces su caballo, cuando pensó que el ruido de las pisadas de las bestias podía ahogar las palabras; y cuando hubimos concluído de hablar, dió una gran voz diciéndonos con cara afligida:

— Pero, amigos, ¿son ustedes que tanto me quieren quienes me piden que abandone esta vida tranquila y pastoral que disfruto, para cambiarla por un laberinto

como el que me pintan los informes de ustedes y las cartas que me han presentado? Están vivos en mi memoria los padecimientos que la ingratitude de nuestros enemigos me ha causado, y más cuando esas contrariedades mías están ligadas á tremendas desgracias nacionales. Ya ustedes vieron cómo me apresuré á prestar mis pobres servicios cuando se me llamó estando en la Habana, no obstante tener en aquellos momentos abierta la herida que el francés me infirió en las ardientes playas de Veracruz; ya notaron cómo luché por expulsar á los invasores. Pues bien: ni mi dinero, que no me han pagado; ni mi caballo, mal herido en la Angostura; ni mis vestidos, que conservo con cuidado, traspasados por las balas invasoras en el Valle de México, ni el incendio y devastación de mis fincas, me libertaron de la acusación infame é insidiosa del Licenciado Gamboa.

¡Ah, continuó, cuando un pueblo se olvida de los héroes de su independencia, de los que defendiéndolo, han peleado al extranjero, de los que han expuesto vida y honra por servirlo, no tiene remedio en lo humano.

Y conste que no lo digo por mí, que combatiendo contra españoles, franceses, yankees y tejanos, he dejado fragmentos de mi persona y trozos de mi honra; lo digo por mil ejemplos que ustedes conocen como yo.

No, el pueblo que no camina por la senda de la virtud, ni se guía por la razón y los principios de justicia,

ha de tener siempre un término fatal. ¡Pero (y aquí hizo el diestro comediante una maravillosa transición), si los mexicanos hubieran abandonado sus pasiones! ¡Si se ruborizaran de sus desaciertos! ¡Si conocieran el abismo que tienen abierto á sus pies! Ya habrán visto á costa suya la diferencia que existe entre el perverso Arista y un hombre que ama la moral y la virtud.

Mas, ¿á qué pensar en estas cosas, si este dulce reposo en que vivo me lo ha otorgado la Providencia divina para advertirme que en el último tercio de mi existencia, mutilado y triste, he hecho cuanto debía por mi patria?

Allí fué el arrebatarnos la palabra Escobar y yo; allí el poner como ropa de pascua al infame, al traidor, al protervo Arista; allí poner de relieve su nulidad, su insuficiencia, su mala voluntad al ejército, y no sé si también su rapacidad y otras peores lacras.

— No, exclamábamos á dúo, aun hay una clase de ciudadanos ilustrados, prudentes y patriotas, que sabe lo que vale un buen gobierno y que llama á gritos á su único salvador, el señor General Santa Anna.

A los dos días, nueva conferencia y nuevos arrumacos del distinguidísimo histrión, hasta que al cabo de mucho urgirle nos contestó:

— Mi corazón no es más que mexicano; sin embargo de todo lo pasado, deseo que mis compatriotas sepan cuán caros me son. No quiero que algún día me reproche la

historia, que cuando se me llamaba á hacer la felicidad de mi pueblo, vi con indiferencia su suerte. Pueden ustedes regresar en el próximo paquete y manifestar á quienes los envían que el mes de Marzo saldré de aquí para las playas de México.

Me rodearé de todos los hombres de voluntad, de todos los honrados, de todos los buenos, y poco he de poder, ó hemos de conseguir reconquistar de nuestros vecinos del Norte los feraces territorios que nos arrebataron. Sí, nuestro grito será *independencia ó muerte*; pues yo no he de ser quien siga viviendo si la nacionalidad llega á extinguirse.

Nos enjugamos las lágrimas, que habíamos derramado á impulso del patriotismo, y al otro día nos restituimos á Veracruz.

Ya estaba hecho todo: Santa Anna había fingido aceptar á regañadientes lo que deseaba con el alma que se le ofreciera, después de haber intrigado por obtenerlo, y nosotros, convencidos de haber prestado un servicio á México con haberlo hecho consentir, permanecemos en Veracruz, donde teníamos seguridad de ver pronto al General.

Las comisiones sucedían á las comisiones. Don Bibiano Beltrán, don Miguel Lerdo, Corona, Govantes y Vivó, formando una olla podrida de opiniones, se habían presentado en Cartagena, y Lombardini nombró á Basadre,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO